

# «No tenemos que dejar que los niños ucranianos vean la guerra»

Más de 115.000 inmigrantes viven con angustia el conflicto desde España, a 3.500 kilómetros del Donbás ■ Abogados españoles ayudan a las familias

JUAN JOSÉ FERNÁNDEZ  
Madrid

Algunas mujeres con pañuelo en el pelo alzan los brazos estremecidas cuando oyen al pastor Yaroslav Dimko clamar: «¡Gospodin, slaba Ukraina!» (Señor, salva a Ucrania) en el salón en el que han establecido su templo. Son evangelistas de la Iglesia Ucraniana de la Salvación de Dios reunidos en un modesto local de un barrio de trabajadores de Madrid. Los han convocado a rezar tan solo unas horas antes de que Putin lance sobre su país el enorme ejército que ha acumulado en la frontera. La escena es de una intensidad aplastante. La feligresía oye el relato bíblico de la lucha entre David y Goliath, especialmente elegido para el momento, mientras unos preciosos niños se mueven por el salón ajenos a la enorme tribulación de sus mayores. Los parientes varones de los que han venido al salón han recibido de madrugada la orden de incorporarse a una base militar. Toda la concurrencia tiene familia y amigos en lo que ya es un país en guerra.

Tres chicas y dos chicos – la solista entre lágrimas – interpretan con guitarra, piano y cajón el *Boje Ukraina bereyē* (Dios protege a Ucrania), que habla de paz, jardines y flores. De los niños hablará luego Yaroslav con este diario. De los niños en peligro, que preocupan a este predicador de 4,6 años, que se gana la vida como sastre en la periferia: «La guerra es muy dura para ellos, se quedará en sus cabezas, no la podrán olvidar en su vida; hay que ayudarlos», suplica.

Una cadena solidaria una ya eslabones para apartar a los menores del infierno en el que se han convertido las provincias del Donbás y toda Ucrania. Españoles e inmigrantes ucranianos buscan acomodo para traer pequeños refugiados, aunque sea una temporada de vacaciones. Los primeros seis niños de familias de Donetsk y Lugansk han llegado a España, cuatro a Madrid y dos a Barcelona, la pasada semana, en el inicio de esta discreta acción, cuentan representantes de diversas entidades de la colonia ucraniana.

El abogado Luis Carlos Cano ha propiciado el refugio de una niña de 9 años. La mandan sus padres desde la zona ya bombardeada de Donetsk a la casa de su abuela en Madrid. «El vínculo familiar es una condición –explica Cano–. No necesitan visa-



Ciudadanos ucranianos rezan por la paz en su iglesia evangélica de Madrid, la noche del martes al miércoles.

do, pero de momento solo se pueden traer niños previo consentimiento parental y para que estén con otros familiares aquí». También se ha puesto en marcha un grupo de miembros del Colegio de Abogados de Madrid. «Ya llegan infinidad de solicitudes de ayuda», cuenta Cano.

«La idea es no dejar que vean la guerra», explica, y a la vez pide, Iván Kuros, dueño de una pyme de construcción en la pequeña Ucrania en que se ha convertido la conurbación en torno a la carretera de Barcelona. El albañil Kuros dirige los sábados la escuela Nove Pokolinnya (Nueva Generación) en un local que le ha cedido el Instituto Cervantes. Dice que

**«La guerra deja malos sentimientos en la cabeza, y eso no debe pasarle a los pequeños», dice Iván Kuros**

no solo está recibiendo muchas peticiones, «también muchas ofertas de españoles para dar acogida a los niños». En un momento de descanso de su trabajo relata que a su primo de 32 años lo acaban de movilizar para el Ejército. «La guerra deja malos sentimientos en la cabeza. Eso no debe pasarle a los niños», sentencia.

Sobre qué es la guerra saben más de lo que quisieran en casa de Kateryna K. Su marido, Maksym, la vivió terriblemente cerca cuando lo movilizaron para los combates de 2014, en el Donbás, siendo un muchacho. Una parte de su servicio lo tuvo que desempeñar en un escuadrón de recogida de soldados muertos. Kateryna K. regenta junto a la estación de Atocha una tienda de comestibles, Ucranmarket. Kateryna es ucraniana, y tiene a los abuelos allí. «Lo primero que hacen al levantarse es poner la tele y mirar quién ha muerto, porque todos los días hay muertos. Vivimos pendientes del teléfono», relata nerviosa.

Una comunidad de 115.186 inmigrantes vive en carne viva los acon-

tecimientos de Ucrania, recalentados por las televisiones que ven en sus ordenadores, sus casas, sus móviles. «Cargo el teléfono dos veces al día. Hablo mucho con mi padre», relata Iván –de 29 años que lleva 13 viviendo en España–, regentador de un bar de menús para obreros en la rotonda de Camarín. Y más ahora, porque a su padre, pese a tener 53 años, le ha llegado un aviso de movilización con el nombre de una base cerca de Chernivtsi.

«Hay que organizarse», dice Yuri Chopyk, mediador social, ingeniero, cincuentón desolado por su país. Con otros compatriotas se planta ante la blanca fachada de la embajada de Rusia, saca de un hato su bandera amarilla y azul, carteles acusando a Vladimir Putin de genocida y se pone a protestar. Quizá el pueblo ruso se oponga a la guerra, o quizá no: «Ya no hay pueblo ruso, sino zombies secuestrados por la propaganda y el miedo de la dictadura... Algún día a Putin lo juzgará un tribunal internacional por crímenes de guerra». ■